

SEDE APOSTÓLICA
DICASTERIO PARA EL CLERO
Cláudio Hummes, O. F. M., Cardenal-Prefecto

Carta

JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LA SANTIFICACIÓN DE LOS SACERDOTES 2007

**El sacerdote,
alimentado con la Palabra de Dios,
es testigo universal de la caridad de Cristo**

15 de junio de 2007

Queridos amigos sacerdotes:

La Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes, que se celebra en la inminente Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, nos brinda la ocasión de reflexionar juntos en el don de nuestro ministerio sacerdotal, compartiendo vuestra solicitud pastoral por todos los creyentes y por la humanidad entera, y de modo específico por la porción del pueblo de Dios encomendada a vuestros respectivos ordinarios, de los que sois valiosos colaboradores.

El tema de este año —"El sacerdote, alimentado con la Palabra de Dios, es testigo universal de la caridad de Cristo"— se encuentra en sintonía con el magisterio reciente del papa Benedicto XVI y, en particular, con la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (22-2-2007). En ella el Santo Padre escribe: *«No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Este amor exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrarlo y comunicarlo»*. El Pueblo de Dios tiene hoy la oportunidad de celebrar la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes con la alegría de la fe y la certeza de que el Señor nos acompaña en cada uno de nuestros pasos.

veterotestamentaria la explicación de lo que significa la misión sacerdotal siguiendo a los Apóstoles y en comunión con Cristo mismo.

Benedicto XVI dijo al respecto: «*El sacerdote puede y debe decir también hoy con el levita: "Dominus pars hereditatis meae et calicis mei". Dios mismo es mi lote de tierra, el fundamento externo e interno de mi existencia. Esta visión teocéntrica de la vida sacerdotal es necesaria precisamente en nuestro mundo totalmente funcionalista, en el que todo se basa en realizaciones calculables y comprobables. El sacerdote debe conocer realmente a Dios desde su interior y así llevarlo a los hombres: este es el servicio principal que la humanidad necesita hoy»* (Discurso a la Curia romana con ocasión de las felicitaciones navideñas, 22-12-2006: *L’Osservatore Romano*, ed. en español, 29-12-2006, 7).

Si en una vida sacerdotal se pierde esta centralidad de Dios, se vacía todo el fundamento de la actividad pastoral, y con el exceso de activismo se corre el peligro de perder el contenido y el sentido del servicio pastoral. Entonces podrían crecer el protagonismo y las extravagancias erróneas. En vez de la sustancia, se darían sucedáneos. Se correría en vano, agotándose sin progresar.

Sólo quienes han aprendido a «*estar con Cristo*» se encuentran preparados para ser «*enviados por él a evangelizar*» con autenticidad (cf. Mc 3,14). Un amor apasionado a Cristo es el secreto de un anuncio convencido de Cristo. «*Sé hombre de oración antes de ser predicador*», decía san Agustín (*De doctrina christiana*, IV, 15, 32: PL 34, 100) al exhortar a los ministros ordenados a ser discípulos de oración en la escuela del Maestro.

La Iglesia, al celebrar la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, invita a todos los creyentes a elevar la mirada de la fe «*a Aquel que traspasaron*» (Jn 19,37), al Corazón de Cristo, signo vivo y elocuente del amor invencible de Dios y fuente inagotable de gracia. Lo hace exhortando a los sacerdotes a buscar en sí mismos este signo, en cuanto depositarios y administradores de las riquezas del Corazón de Cristo, y a derramar el amor misericordioso de Cristo en los demás, en todos.

Verdaderamente, «*la caridad de Cristo nos apremia*» (2Co 5,14), escribe san Pablo. «*Si quieres amar a Cristo, extiende tu caridad a toda la tierra, porque los miembros de Cristo se encuentran en todo el mundo*» —nos recuerda san Agustín (*Comentario sobre Primera Carta de san Juan*, X, 5). Por esto, todo

El espíritu misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la existencia sacerdotal. Al respecto escribe el Santo Padre: «*La misión primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida. El asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo infunde en nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de su amor. Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica*» (*Sacramentum caritatis*, 85).

El sacerdote está llamado a hacerse «*pan partido para la vida del mundo*», a servir a todos con el amor de Cristo, que nos amó «*hasta el extremo*»: así la Eucaristía llega a ser en la vida sacerdotal lo que significa en la celebración. El sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente.

Todo sacerdote ha de sentir en sí mismo la urgencia de ser realmente promotor de justicia y de solidaridad entre los hombres: ante ellos el sacerdote está llamado a testimoniar a Cristo mismo. *Alimentados con la Palabra de vida*, los sacerdotes no pueden quedarse fuera de la lucha por la defensa y la proclamación de la dignidad de la persona humana y de sus derechos universales e inalienables.

A este respecto escribe Benedicto XVI: «*Precisamente, gracias al Misterio que celebramos, deben denunciarse las circunstancias que van contra la dignidad del hombre, por el cual Cristo ha derramado su sangre, afirmando así el alto valor de cada persona*» (ibíd., 89).

Descubriremos el verdadero sentido del *amoris officium*, de la caridad pastoral de la que nos habla san Agustín (cf. *In Iohannis Evangelium Tractatus* 123, 5: CCL 36, 678): la Iglesia, como Esposa de Cristo, quiere ser amada por el sacerdote del mismo modo total y exclusivo como Cristo, Cabeza y Esposo, la ha amado. Comprenderemos la motivación teológica de la ley eclesiástica sobre el celibato en la Iglesia latina y de su relación de conveniencia profundísima con la sagrada ordenación: como don inestimable de Dios, como singular participación en la paternidad de Dios y en la fecundidad de la Iglesia, como inmensa energía misionera, como amor más grande, como testimonio del Reino escatológico ante el mundo. Así, el celibato, aceptado con decisión libre y amorosa, se convierte en entrega de sí en Cristo y con Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en el Señor y con el Señor (cf.

B) Otro ámbito de este testimonio es *la promoción de las instituciones eclesiales de beneficencia* que, en varios niveles, pueden prestar un valioso servicio a las personas más necesitadas y débiles. «*Si las personas con quienes se encuentran viven una situación de pobreza, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad*», recordó recientemente el Santo Padre en el encuentro antes mencionado (*ibíd.*, 3).

«*Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. St 5,4)*», escribió Benedicto XVI y prosiguió afirmando: «*El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres*» (*Sacramentum caritatis*, 90).

C) *Promover la cultura de la vida.* En todas partes, los sacerdotes, en comunión con sus ordinarios, están llamados a promover una cultura de la vida que permita, como afirmaba Pablo VI, «*remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, (...) la adquisición de la cultura, (...) la cooperación en el bien común, (...) hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin*» (*Populorum progressio*, 21). Al respecto será necesario poner de relieve, en la formación de los cristianos laicos, que el desarrollo auténtico debe ser *integral*, es decir, orientado a la promoción de todo el hombre y de todos los hombres, sugiriendo los medios necesarios para suprimir las graves desigualdades sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes.

D) *La formación de los fieles laicos.* A los fieles laicos, formados en la escuela de la Eucaristía, se les ha de exhortar y ayudar cada vez más a asumir directamente sus responsabilidades políticas y sociales, en coherencia con y a causa de su bautismo. Todos los hombres y mujeres bautizados deben tomar conciencia de que en la Iglesia han sido configurados con Cristo sacerdote, profe

3. Feliz de alzar la copa de la salvación invocando el nombre del Señor (cf. Sal 115, 12-13)

a los obispos de Portugal en visita *ad limina Apostolorum*, 30-11-1999, 6: *L’Osservatore Romano*, ed. en español, 17-12-1999, 12).

En la Eucaristía se encierra el secreto de la fidelidad y la perseverancia de nuestros fieles, de la seguridad y la solidez de nuestras comunidades eclesiales, en medio de las aflicciones y dificultades del mundo. En nuestra pastoral, que consta de palabras y Sacramento, debemos evitar los escollos del activismo, de hacer por hacer, y hemos de superar los ataques del laicismo y el secularismo donde Cristo no tiene voz ni lugar, llevando el *Pan de vida eterna*.

Pensamos en la importancia misionera de nuestras parroquias, que constituyen el tejido que une nuestras diócesis (cf. Código de Derecho Canónico, can. 374, 1). Pensamos en cada parroquia, que es una *comunitas christifidelium* y que no puede serlo si no es una *comunidad eucarística* y abierta a los más alejados, es decir, si no es una comunidad apta para celebrar la Eucaristía con espíritu misionero, en la que se encuentran la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su plena comunión con toda la Iglesia (cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 26).

Pensamos en los párrocos, que no pueden menos de ser *sacerdotes ordenados*, porque hacen y dicen en la liturgia eucarística y en la liturgia de la Palabra lo que ellos "propriamente", "por sí mismos", no pueden hacer ni decir; en efecto, actúan y hablan *in persona Christi capitatis*. Pensamos en todos los sacerdotes, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, que redescubriendo la entrega radical de sí mismos, inherente a su ministerio ordenado, pueden repetir con palabras de Juan Pablo II: «*Ha llegado el tiempo de hablar valientemente de la vida sacerdotal como un don inestimable y una forma espléndida y privilegiada de vida cristiana*» (*Pastores dabo vobis*, 39).

De este modo, la Iglesia de la Palabra y de los sacramentos será necesariamente la Iglesia del ejercicio incansable del sacerdocio ministerial; será la Iglesia del sacerdote santo, del sacerdote que ama, en la raíz de su alma, de todo su ser, la llamada que ha recibido del Maestro, para comportarse en todo momento como *ipse Christus*.

Benedicto XVI, en su discurso del 11-5-2006 a los obispos de la Conferencia Episcopal de Quebec, Canadá, en visita *ad limina Apostolorum*, dijo: «Si en la Iglesia la dimisión del ministro de los sacerdotes (...